



ENCUENTRO CON EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA Y EN LA PENITENCIA

“Encuentro con el Corazón de Jesús en la Eucaristía y en la penitencia” es el título de esta reflexión que os comparto, y para abordarla, voy a acudir principalmente al Evangelio de San Juan, que yo creo que es el más inspirador para iluminar la Teología espiritual del Corazón de Jesús. No sé si conocéis una famosa expresión de Orígenes, un padre espiritual de los primeros siglos, que dice que el corazón de las escrituras es el Evangelio de San Juan, le parece el corazón de las escrituras. Y luego dice: “¿y cuál es el corazón del Evangelio de San Juan?” y entonces dice: “*Es el momento en el que el discípulo amado reclina su cabeza sobre el costado de Cristo*”. Ese es el momento nuclear, el Corazón del corazón de las Sagradas Escrituras, por eso yo acudo a San Juan.

Voy a comenzar por **la Eucaristía**, porque os recuerdo que el título es el encuentro con el Corazón de Jesús en la Eucaristía y en la penitencia. El Evangelio de San Juan tiene una peculiaridad, que no narra la institución de la Eucaristía, a diferencia de los evangelios sinópticos Mateo, Marcos y Lucas. Pero ciertamente no cabe pensar que no la narre porque minusvalore ese momento. De hecho, el Evangelio de San Juan es el que tiene el discurso eucarístico del Pan de vida. Yo creo que la razón por la que él no narra la institución de la Eucaristía es porque es el último evangelio escrito y, al ser el último, tiende quizás a no repetir lo que los otros evangelios ya han dicho y más bien tiende a hacer como una exposición complementaria. Es como el evangelio más teológico que se le ha representado con la imagen del águila; como el águila que tiene esa visión desde arriba, desde lo alto, desde el evangelio místico que ve los acontecimientos desde ese designio salvífico.

Entonces, el Evangelio de San Juan, en ese momento de la institución de la Eucaristía, narra **el lavatorio de los pies** porque el lavatorio de los pies es como el correlativo a la institución de la Eucaristía. Y es muy interesante ver que ese momento lo enmarca desde la Pascua y desde la alianza. Eso está en el capítulo 13 de San Juan, donde se hace una introducción solemne, encuadrando esa Eucaristía en la fiesta de la Pascua y en la alianza. Dice Juan 13, 1: “*Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el extremo*”. Este es el momento en el que él está encuadrando la institución de la Eucaristía. Y es muy interesante esto de “Antes de la fiesta de la Pascua”, o sea, ¿cuál es el marco para entender la Eucaristía? El marco es la Pascua y en la Pascua lo que se celebra es que Dios libera a su pueblo de la esclavitud de Egipto y lo lleva al desierto para hacer con ellos la alianza. Era necesario liberarlos de la esclavitud para que, siendo libres, pudiesen hacer la alianza

con Dios. Ese es el marco de la Eucaristía. Entender la Eucaristía para San Juan es entender que el marco es la alianza.

Sabemos que ese momento de la liberación está enmarcado en esa cena pascual, la cena con los panes ácidos y el cordero pascual, donde los israelitas liberados de la muerte por el signo de la sangre con el que han untado, han rociado las jambas de las puertas; y entonces el ángel exterminador pasa de largo y ellos son salvados de la muerte por esa sangre que les salva de la muerte. Es una cena de liberación y repito, para poder llevarles a realizar la alianza con Dios en el Sinaí. Porque si no decimos esto de cena de liberación ¿para qué queremos ser libres? no es que queremos ser libres para ser libres, no; queremos ser libres para poder hacer la alianza con Dios.

Y entonces, cuando son llevados al desierto, en el Sinaí, Éxodo 19, es cuando Yahvé les dice: *"Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa"*. Es decir, la alianza siempre tiene dos partes: *"Vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios"*. Todo otro pacto, todo otro compromiso que la Iglesia celebra está integrado en esa alianza: el matrimonio, el sacerdocio, cualquiera, los votos de una religiosa, cualquier otro pacto, cualquier otro compromiso que tomemos está integrado en esa alianza.

"Vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios. Yo os daré mi ley, un mandamiento que vosotros debéis de cumplir". Hay que entender esto, no en el sentido de que nosotros entendemos "te voy a dar mi ley, te voy a quitar la libertad, a partir de ahora te va a tocar obedecer sin rechistar". Quitémonos esas imágenes de la cabeza sino que hay que entenderlo en el sentido de: "Yo me revelaré y no permitiré que camines en tinieblas, te mostraré cuál es el camino de salvación, te daré los mandamientos que son lámpara para tus pasos, luz en tu sendero. Yo en persona te conduciré, no te dejaré en manos extrañas".

Y entonces, cuando se hace esa alianza, Moisés, para sellar la alianza (porque las alianzas eran selladas) ofrece sacrificios como confirmación de la alianza y así derramó sangre de los animales sacrificados; derramó sangre parte en el altar y parte rociando al pueblo. Esa sangre derramada es como una comunión de vida, aquí ponemos el pacto y, de esta forma, se comprometen a ser lo que han pactado, se comprometen a ser fieles. Ese es el marco en el que se instituye la Eucaristía, el Evangelio de San Juan lo enmarca.

Ahora bien, Cristo es el nuevo Moisés, que tiene intimidad plena con Dios hasta el punto de que él llega a decir: *"Si creéis en Dios, creed también en mí"*. Y la sangre de Cristo sella esa nueva alianza de forma efectiva, no como la sangre de los animales en el Sinaí, ya que la sangre de los animales no podía ser efectiva. Cristo representa las dos partes de la alianza: el compromiso de Dios de fidelidad y la respuesta que el hombre debía de haber dado de ser fiel, y que no cumplió su promesa. Porque la alianza tenía dos partes: Dios era fiel, Dios no falló en su parte; lo que sí falló fue la respuesta de Israel, que tenía que haber sido fiel y no fue fiel. Entonces, Jesucristo que representa a las dos partes dice, vuelvo a remarcar, vuelvo a reafirmar que el compromiso de Dios siempre permanecerá fiel, pero al mismo tiempo Dios, hecho hombre, es la respuesta fiel a Dios.

Entonces, ante este drama, ante el drama de que la alianza del Sinaí había sido traicionada por la infidelidad del pueblo de Israel (porque allí todo el mundo pactó delante del Sinaí: "Seremos un pueblo santo", ya, pero después fue un drama al ver cómo Israel pecaba y se apartaba de Dios; y por ejemplo, el Señor elige a Oseas (porque Oseas había experimentado que su esposa le era infiel) y le dice: *"Tú, Oseas, eres el profeta adecuado, tú que has experimentado lo que es la traición, de que tu esposa te traicione, tú eres el profeta adecuado para decirle al pueblo de Israel: 'Así me duele vuestra traición'".* Porque Israel con su pecado está traicionando a Yahvé como una esposa traiciona a su esposo.) Dios, en su infinita misericordia, lleva adelante una reparación de esa infidelidad.

Y ¿cómo lo hace? Lo hace a través de los profetas. A través de los profetas va educando al pueblo para que pueda llegar un día en el que los hijos de Dios sean fieles a esa alianza. Entonces Jeremías 31 dice: *"Pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones, yo seré su Dios, ellos serán mi pueblo"*. Que es como diciendo "mira, vosotros no habéis sido capaces de ser fieles a la alianza que estaba escrita en las tablas de piedra que Yahvé entregó a Moisés. Como habéis sido incapaces, voy a llevar adelante otro método y ahora voy a escribir mi ley no en tablas de piedra, la voy a escribir en vuestros corazones; será una alianza de corazón a corazón". Y esa alianza de corazón a corazón es la que Dios hace en Jesucristo; esa alianza de corazones que hace con nosotros es cuando el Señor escribe su ley en el corazón del hombre que se forja a imagen del corazón de Cristo. No basta una alianza escrita en piedra, era necesario escribirla en el corazón.

Yo suelo decir que es providencial que el arca de la alianza se perdiese. Sabéis que el arca de la alianza ha dado luz a muchas películas, pero imagínate que aparece el arca de la alianza escondida en no sé qué cueva ? eso sería el descubrimiento!. Pero esa arca de la alianza se perdió en una de esas batallas y yo creo que es providencial esté perdida. ¿Por qué? porque la verdadera arca de la alianza es María, y a quien lleva ella en su interior es a Jesús, que es la alianza, que es el corazón de Jesús, que ya no tiene la ley escrita en tablas de piedras, sino que está escrita en el corazón de Jesús para que nos traslade esa alianza a cada uno de nosotros. Es providencial que ese arca esté perdida porque ha sido hallada, ha aparecido como dice el capítulo 12 del Apocalipsis: *"Ha aparecido una mujer vestida de sol"* y ella es el arca perdida, y en ella se guarda la alianza y en ella se guarda el corazón de Jesús. Por lo tanto, la primera afirmación que quiero subrayar es **la Eucaristía es el sello de la alianza**. La Eucaristía se entiende, según el Evangelio de San Juan, en el contexto de la Pascua, que es preparación para la alianza del Sinaí. Y ¿qué es la Eucaristía? El sello con el que Dios reafirma mi alianza: *"Vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios, estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos"*. La Eucaristía es la alianza y cada vez que vamos a la Eucaristía vamos a reafirmar la alianza, mi alianza con Dios. Dios es fiel y me convoca a la Eucaristía, y reafirma la alianza conmigo.

Un paso más: **la Eucaristía es también la redención ofrecida personalmente**, se ofrece personalmente. En ese texto de Juan 13 hemos partido de la narración que hace paralela a la institución de la Eucaristía San Juan, después de haber hecho esa introducción solemne que hemos leído : *"Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*. Y entonces continúa: *"Se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe. Luego echa*

agua en la jofaina y se pone a lavar los pies a los discípulos". Es decir, el lavatorio de los pies es como una radiografía (no fotografía, sino radiografía) de la Eucaristía. No es una mera enseñanza moral, como muchas veces suponemos. Cuando dice "se levanta de la mesa, se despoja de sus ropas", está haciendo una referencia, por eso digo que es una radiografía. Cuando dice San Pablo en el himno de los Filipenses: *"Siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, se despojó de sus ropas, se puso de rodillas y fue lavando los pies uno a uno".* Es el misterio de la redención ofrecido personalmente, uno a uno.

¿Os dais cuenta? ¿Os habéis fijado en cómo los sacramentos, aunque se celebren comunitariamente, son encuentros personales? El Señor da la Eucaristía uno a uno, comulgamos uno a uno, recibimos el perdón de los pecados uno a uno. El Señor se puso de rodillas uno a uno, limpiando los pies a cada uno de los discípulos. Es decir, tiene que haber una acogida personal a esa redención. ¿Cristo en la cruz nos redimió al mundo entero? Sí, pero ahora esa redención tiene que ser acogida, personalizada por cada uno de nosotros. Es como la redención aplicada a cada uno de nosotros, se arrodilla ante nosotros cuando el Señor nos da la comunión en la Eucaristía a cada uno de nosotros. Fijémonos cómo se puso de rodillas ante Judas, ejemplo de una comunión sacrílega, que Judas acepta el signo de que Jesús le lave los pies pero desprecia la verdad, la verdad del amor que se le ofrece. Simón Pedro se resistió cuando fue a lavarle los pies, porque es la imagen de un discípulo que todavía no está suficientemente purificado, pero cuando Jesús le hace ver que necesita de esa redención se abre a recibirla. Es decir, que la Teología del Corazón de Jesús subraya cómo Jesús se entrega personalmente a cada uno: *"Me amó y se entregó por mí"*. Por mí.

Yo recuerdo una anécdota de mi infancia, no me acuerdo muy bien qué años tenía, yo creo que sería muy jovencito, no sé si ocho, nueve o diez, pero me acuerdo que fui a confesarme y tenía necesidad de preguntarle al confesor si yo hubiese sido el único pecador, si Jesús hubiese muerto en la cruz solo por mí. Me acuerdo que le hice esa pregunta al cura. Yo creo que el cura quedaría un poco alucinado pero yo recuerdo haberle hecho esa pregunta al sacerdote cuando yo iba a confesarme: "oiga, me ha entrado una duda... eso de que Jesús murió por nosotros, es que por nosotros uno abre el paraguas...en fin, para todos...pero eso de por nosotros es ¿por mí en concreto? o sea, ¿por mí, solo por mí?". Y él me respondió con potencia : "El hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí, solo por mí". Entonces, la Teología del Corazón de Jesús subraya este aspecto "lo ha hecho por ti". Hay un punto del catecismo que es el 487, en el cual habla del corazón; es el punto del catecismo que habla de la Teología del corazón de Jesús que dice: *"Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión, nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros, y se ha entregado por cada uno de nosotros"*. Pregunta: cuando Jesús estaba en Getsemaní y estaba allí en aquella lucha, ¿Jesús me conocía a mí? ¿Le conocía a José Ignacio, que iba a nacer 2000 años después? ¿Me conocía a mí personalmente? Y dice el catecismo: "Sí, te conocía". Porque él tenía esa visión beatífica, el Padre le permitía también en su conciencia humana, conocer todo aquello para lo que era conveniente conocer, para que la redención que él iba a realizar fuese plena, consciente y perfecta. O sea, Jesús no entregó su vida sin saber muy bien por quién la estaba entregando sino que la entregó conociéndole a José Ignacio y conociéndote a ti.

Y entonces, fijaros, ésto supone que cuando Jesús se arrodilla en ese lavatorio de los pies, está ante cada uno de nosotros llamando a la puerta y uno tiene que acoger la Eucaristía diciendo: "Señor, ven a mí, ven a mi alma, te necesito". Por eso, cuando se dice "el cuerpo de Cristo", "amén", ese "amén" es importantísimo. Ese "amén" es una acogida a Jesús que se pone de rodillas ante mí, que hace una declaración de amor, que me lava los pies con su sangre redentora, que se ha despojado de su condición divina, que está con su sangre lavando mis pecados y yo digo: "Amén, Jesús, ven a mí, te necesito".

Un paso más: la Eucaristía es también **la escuela para convertirnos en apóstoles**, en apóstoles eucaristizados. Juan 13, seguimos leyendo ese capítulo y dice: *"Cuando acabó de lavar los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: '¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Me llamáis el maestro y el señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el maestro y el señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis'"*. Es decir, tenéis que dar la vida unos por otros. Tenéis que asociaros a la Pascua de Cristo para ser también corredentores con Cristo: Gratis lo has recibido, dadlo gratis. Tu vida ha sido un don gratuito de Dios, Dios ha dado su vida por tu redención y ¿tú qué vas a hacer? y ¿tú ante la declaración cómo vas a responder? o sea, ¿qué piensas hacer? pues dar tu vida, ¿qué otra cosa puedo hacer si él la ha dado por mí? y vivimos de esto. La Eucaristía nos enseña a dar la vida. Esto es un principio aplicable a todas las vocaciones.

Leía, por cierto, no hace mucho un artículo, en la revista Hacer Familia, que me fascinó porque era el testimonio de una madre que trabaja en una oficina y tenía una familia numerosa; imagínate que después de todo un día de trabajo la oficina, dice que, cuando llegó a casa, bueno antes, en el descansillo, antes de entrar en casa, ya oyó el jaleo que se escuchaba de todos los niños dentro de casa, y empieza a pensar "madre mía, la que me toca a mí ahora aquí: los baños, esto, lo otro, todo lo que hay... y ella contaba, en su artículo, que iba todos los días a la Eucaristía, teniendo ese reto de estar en la oficina y de tener esos niños, entonces ella dice que Dios le inspiró que al meter la llave en la cerradura y, según abría, dice que el Señor le puso en sus labios: "Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros". Por ello su artículo es su testimonio de cómo la Eucaristía era la que le inspiraba a dar su vida, a dar su vida en el matrimonio, a dar su vida con los hijos, a decir "bueno, yo aquí no vengo ni cansada, es como si me hubiese levantado de la cama ahora mismo; aquí me entrego yo con alma, corazón y vida". Porque ciertamente el cansancio no suele ser un cansancio físico principalmente, el cansancio suele ser de otro estilo. Entonces, como ella sentía que era renovada, en ese momento de abrir la cerradura de la casa, que veía lo que le esperaba decía: "Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros", y llegaba allí con una ilusión y un cariño inmenso y comenzaba la segunda tarea en esa casa. Es decir, que es la Eucaristía la que nos convierte en apóstoles.

Yo no sé si vosotros tenéis costumbre de rezar el ofrecimiento diario de obras por la mañana. A un servidor se lo enseñaron desde pequeño y lo hago todos los días, y creo que concentra una Teología potentísima. Dice el primer párrafo: "Ven, Espíritu Santo, inflama nuestros corazones en las ansias redentoras del corazón de Cristo para que ofrezcamos de veras nuestras personas y obras en unión con él por la redención del mundo". Con eso está todo dicho: "Señor, te pido que me envíes tu Espíritu Santo para que me inflame, (como a esta mujer) esas ansias redentoras del corazón de Cristo, y

así para que ofrezca mi vida en unión con Cristo por la salvación del mundo". Y ya está, el Señor ha dado su vida por ti y ¿tú qué piensas hacer? pues en la Eucaristía recibir el don para ser apóstoles eucaristizados y entregar nuestra vida por los demás.

Un aspecto más: la Eucaristía es también **la intimidad de Cristo compartida** que nos abre a la reparación. Cada vez que comulgamos estamos teniendo también un momento de reparación. Continuo con el capítulo 13 de San Juan: "Diciendo esto, Jesús se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: *"En verdad, en verdad os digo, uno de vosotros me va a entregar. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos por no saber quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús* (estamos en el corazón del corazón que decía Orígenes)...*"entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: 'Señor, ¿quién es?'. Le contestó Jesús: 'Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado'".* Es decir, en ese "en verdad os digo, uno de vosotros me traiciona", Jesús revela el sufrimiento de su corazón; Jesús abre su corazón y comparte sufrimiento porque uno de los 12 que él ha elegido, que ha convivido con él, le va a traicionar. Es un momento dramático. Jesús lo deja claro de que él no es inconsciente de lo que está ocurriendo. Pedro salta con su impetuosidad habitual, todavía no purificada, aparentemente con un amor grande, pero un amor que está puesto más en lo que él hace que en el amor que recibe de Jesús, y la cuestión está en que es más difícil dejarse amar que amar muchas veces, como le ocurre a Pedro. Porque en el amar, como le pasa a Pedro, muchas veces ponemos en juego mi "yo", y hay que ser, a veces, muy humilde para dejarse amar, ser muy humilde.

A veces, me permitís un pequeño paréntesis? ¿con cuánta frecuencia escuchamos a las personas mayores: "yo lo que no quisiera es quedarme dando guerra a nadie, yo lo que quisiera...pero eso de estar yo ,que me tengan que hacer todo, que me tengan que dar.. y ahí nos ponemos nerviosos. Yo a veces le he dicho a más de una persona "es que todavía tenemos que purificarnos mucho, es que tenemos que llegar a entender que el amor perfecto es el dejarse amar, humildemente, sin protagonismo alguno, sino recibéndolo todo y sin tener yo medalla ninguna; un amor gratuito de donación". Le dije y así de paso: "Usted hasta salva a sus hijos, a sus nietos, no se preocupe, igual les salva..." pero, lo cierto, es que nos cuesta ese dejarnos amar. Bueno, cierro paréntesis que me he salido un poco, cierro paréntesis.

Bueno, entonces en ese momento, ese Pedro que está ahí, le hace señas a Juan: "Entérate de quién es ese". Es como si le dijese "entérate, que ya me encargo" una cosa así y este es el momento en el que viene la escena clave, de Juan reclinándose en el costado de Cristo y entonces Orígenes dice: "Jesús está en el seno del Padre, y el discípulo amado está en el seno de Jesús". Es decir, como Jesús está en el seno del Padre, Juan, el discípulo amado, está en el seno de Jesús. Y cada vez que comulgamos pasa esto: yo estoy en el seno de Jesús como Jesús está en el seno del Padre. Es la imagen del discípulo amado que recibe la Eucaristía, es como un amigo que sintoniza, el amigo reparador. Lo fundamental de la reparación es la sintonía del corazón. Juan siente los latidos del corazón de Cristo y está sintiendo lo que a Jesús le debe de doler la traición. Juan le pregunta al Señor ¿quién es?, pero no en el sentido que ha preguntado Pedro "¿quién es?". Porque lo que Pedro quería es " que nos chive, vamos a delatarlo" pero Juan lo pregunta en el sentido de la sintonía del corazón, para participar con él de su sufrimiento, para que Jesús se desahogue con él.

Y es curiosa la respuesta que Jesús le da: "Aquel a quien yo le dé este bocado, ese es". No es una señal para delatarle, como por ejemplo como la famosa señal de Judas: "*Aquel a quien yo le dé un beso en el huerto de los olivos, ese es*" que de ahí viene el refrán "eres más falso que un beso de Judas", eso sí era una señal para delatarle; pero cuando Jesús le dice "*Aquel a quien yo le dé un bocado, ese es*", no es una señal para delatarle. ¿Qué quiere decir Jesús? Él está diciendo en otro sentido: "es este, a quien no puedo dejar de amarle en este momento, yo no puedo dejar de darle este pan untado aunque sepa que me está traicionando. Yo no puedo dejar de amar aunque no sea correspondido. Ese es el significado de ese "aquel a quien yo le doy este pan". El corazón de Jesús ama a fondo perdido, y es un drama no ser correspondido, pero Jesús no puede dejar de amar.

Por lo tanto, la comunión es, desde esa perspectiva de la Teología del Corazón de Jesús, es también un acto de reparación; es un acto de sintonizar con lo que le hace sufrir al corazón de Cristo y de gozar con lo que le alegra el corazón de Jesús. Es algo que yo suelo subrayar muchas veces: sintonizar con el corazón de Jesús, que a mí me haga sufrir lo que le hace sufrir el corazón de Jesús. A veces sufrimos por cosas por un amor propio herido: porque me han humillado, me han despreciado, no me han tenido en cuenta.. pero ¿tú te crees que eso le hace sufrir el Corazón de Jesús? Eso es un sufrimiento que nace del amor propio, estás sufriendo por eso? ¡venga, hombre! Mi sufrimiento tiene que ser lo que verdaderamente le hace sufrir a Jesús. ¿Y mis alegrías que son por pura vanidad?: "¡ay, mira qué bien me queda esto! ¡Ay, que...! mis alegrías tienen que ser las que alegran el corazón de Cristo, todas las noticias que glorifican a Dios, que dan gloria a Dios.

Me he extendido un poco en la Eucaristía, pero el título de la charla era El encuentro con el corazón de Jesús en la Eucaristía y en la penitencia; y aunque sea de una manera un poco más breve también voy a hablar de la penitencia. Hay dos imágenes luminosas de San Juan con respecto al **sacramento de la penitencia**. La primera: el corazón traspasado del cual brotó sangre y agua, que es imagen de los sacramentos y del Espíritu Santo, que es imagen del bautismo y de la Eucaristía. ¿Sabéis cómo? Pues de la **imagen de la Divina Misericordia**, de Santa Faustina Kowalska: esos rayos que salen del corazón de Jesús, azules y rojos, hacen referencia al bautismo y a la Eucaristía. Y no olvidemos que la penitencia es el segundo bautismo, porque el bautismo tiene como finalidad el perdón de los pecados, y la penitencia ha sido llamada en la tradición de la Iglesia como el segundo bautismo porque de nuevo te da la gracia, la gracia bautismal. Luego una imagen clave del sacramento de la penitencia la tenemos en ese corazón traspasado de Jesús, del cual brota la misericordia, brota la Eucaristía y el bautismo; la Eucaristía y la penitencia.

La película de La pasión de Mel Gibson, que seguro que la habéis visto casi todos, tiene en este momento un episodio potente: cuando ese soldado, que la tradición ha llamado Longinos, atraviesa con su lanza el costado de Cristo. En ese momento cae de rodillas y recibe como una aspersión purificadora; es como un bautismo de gracia. Es una escena muy fuerte esa cuando, en la película, él cae de rodillas y esa aspersión que brota del corazón de Jesús es un signo de que ha sido purificado por ella. He ahí la primera imagen en el Evangelio de San Juan, bien clara.

Y la segunda, en Juan 20. Sabéis cómo el Evangelio de San Juan tiene otra característica singular y es que tiene una escena que se le llama **el Pentecostés**

joánico. El Pentecostés joánico es cuando Jesús resucitado se aparece a los apóstoles en el cenáculo y, soplando sobre ellos, les dice: "*Recibid el Espíritu Santo*". A eso se le llama el Pentecostés joánico : "*Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados, a quienes se los retengáis les quedan retenidos*". Es decir, el perdón de los pecados está ligado a la efusión del Espíritu Santo que Cristo resucitado nos da. Esta es como una segunda imagen que completa la del corazón traspasado de Cristo, del cual se infunde la gracia de la misericordia.

Y así se completa el designio de salvación. El Espíritu Santo formó en las entrañas de la Virgen María el corazón de Jesús. En segundo lugar, el corazón de Jesús derramó el Espíritu Santo al mundo, especialmente en esa imagen del corazón traspasado. San Juan Crisóstomo también pone una imagen que dice: "Imagínate un frasco de perfume que está herméticamente cerrado con un cristal grueso, entonces no huele el perfume; pero si tú, tiras con fuerza ese frasco de perfume al suelo y se quiebra, entonces ese perfume se expande y llena toda la casa". Así dice él: "Así es la infusión del Espíritu Santo: el corazón de Cristo traspasado, de él infunde el Espíritu Santo en el mundo". Por lo tanto, primero, el Espíritu Santo forma en las entrañas de María el corazón de Jesús; en segundo lugar, el corazón de Jesús derrama el Espíritu Santo en el mundo entero; y en tercer lugar, ese Espíritu Santo derramado moldea cada uno de nuestros corazones a imagen del corazón de Jesús. Cada vez que nos confesamos, cada vez que nos acercamos al sacramento de la penitencia, mi corazón es moldeado a imagen del corazón de Jesús, que además lo dice la teología sacramental: que el sacramento de la penitencia no solo es un perdón de los pecados, también es un aumento de gracia. Y el aumento de gracia, qué es sino una mayor semejanza al corazón de Jesús. Parecerse más a Jesús, eso es lo que te da el sacramento de la penitencia. El Espíritu Santo moldea nuestros corazones, ese espíritu que Jesús infundió a los apóstoles y les dijo: "*Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados*".

Y creo que una buena manera de concluir es decir que esto también nos descubre que la naturaleza del sacramento de la penitencia, del sacramento de la confesión creo que está muy bien reflejada en el verdadero significado del corazón. ¿Qué significa el símbolo del corazón? Nosotros tenemos una desgracia, que es que estamos bajo el influjo de la cultura romántica, entonces los corazoncitos traspasados por una flecha, y esa imagen del corazón está un poco ligada a esa cultura romántica, que no es que sea antagónica al cristianismo, pero que obviamente tiene una lectura muy parcial. Sin embargo, fijaros en el sentido bíblico de la palabra: hay como una equivalencia, no digo etimológica pero sí semántica, entre el término corazón y el término entrañas. En la sagrada escritura, muchas veces la palabra corazón es la palabra entrañas: "Se revuelve mi corazón, se revuelven mis entrañas". En la sagrada escritura, en muchas ocasiones la palabra corazón y entrañas es sinónima.

Y esto nos ayuda a entender que el corazón de Jesús son las entrañas de Dios en las que somos gestadas, que nos engendra a una vida nueva. El corazón de Cristo es la imagen del amor materno de Dios que, con su potencia regenerativa, nos sana, nos rescata, nos recrea en el perdón; y esto, como veis, es mucho más que el corazoncito romántico. No es "te quiero", no, es "te engendro", es como volver a nacer de Dios. Si el corazón son las entrañas de Dios, si es como el útero de Dios, en el que nacemos a una vida nueva, entendemos perfectamente ese diálogo también del Evangelio de San Juan entre Nicodemo y Jesús: "*¿Pero cómo puede un hombre volver a nacer de nuevo?*"

¿Cómo puede un hombre volver a entrar en el seno de su madre y volver a nacer?", que le pregunta Nicodemo a Jesús. Recordáis, está en el capítulo tercero de San Juan. Y esta es la respuesta: por la gracia del perdón, por la gracia de la misericordia derramada en el bautismo y en el segundo bautismo que es la penitencia. He aquí el milagro de la misericordia de Dios, he aquí el milagro del corazón de Jesús que nos está volviendo a engendrar".

Y aquí de alguna manera tenemos que entender que esto ayuda mucho, porque nosotros la palabra perdón la hemos referido a la imagen del Padre, Dios Padre que perdona, eso está bien; pero tenemos que aplicarle a Dios, nuestra imagen de paternidad y maternidad, siempre en sentido analógico, porque Dios obviamente está más allá de que sea sexo masculino y femenino (como es lógico le aplicamos imágenes). Entonces ayuda mucho a entender que el perdón no solo es un padre que perdona a un hijo, sino también es una madre que engendra y le vuelve a dar el don de la vida, a nacer de nuevo; es un perdón paterno y es un perdón materno el que el corazón de Jesús obra en nosotros.

En resumen: encuentro con el corazón de Jesús en la Eucaristía y la penitencia. Os invito a todos a que cada vez que nos acerquemos a la Eucaristía (como vamos a hacer ahora mismo como culminación de esta charla y de este congreso que finaliza con esa charla) cada vez que vayamos a recibir la Eucaristía, cada vez que vayamos a recibir el sacramento de la penitencia, entendamos que estamos reclinando nuestra cabeza en el corazón de Cristo, que estamos teniendo esta sintonía de corazones y que es un acto de sintonizar con el corazón de Cristo y permitirle en Él volver a nacer de nuevo.

"Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén"

Muchas gracias.